



EL RAYO.

Antes de los descubrimientos recientes de la física, el fenómeno del rayo se hallaba envuelto en un velo misterioso, que los hombres no acertaban á descifrar. Los adelantos de la ciencia han esparcido luz clara sobre su naturaleza y origen. Preséntase bajo tres formas diferentes; el relámpago, la detonación, es decir, el ruido que le acompaña y el rayo que destruye todo lo que encuentra á su paso. Hoy nadie ignora que el rayo es uno de los fenómenos de la electricidad; este poderoso agente de la vejetación tan bienhechor en sus efectos ordinarios, tan terrible cuando sale de las proporciones necesarias para la fertilización de la tierra.

Las nubes que vagan en la atmósfera se hallan constantemente llenas de electricidad. Cuando dos de ellas están cargadas la una de electricidad positiva y la otra de electricidad negativa, se atraen mutuamente y su contacto produce una detonación proporcionada á su volúmen. El espacio se halla lleno de gran número de espesas nubes cargadas de una electricidad diferente de la de la tierra, las montañas atraen las nubes y estallan esas tempestades tan comunes en los países montuosos. En los llanos las

promueven los bosques y los edificios y producen los efectos terribles que vemos todos los días. El relámpago y el trueno son simultáneos; pero como la luz recorre el espacio con mas rapidez que el sonido, resulta que distinguimos con frecuencia el relámpago mucho antes que la detonación; lo propio sucede cuando presenciamos el disparo de un cañón á cierta distancia.

Acontece á menudo que se oye prolongar el trueno y repartirse su eco en diversas direcciones. Débese este efecto á las montañas, á los valles, á los bosques y á los edificios y tambien á las nubes y á la superficie de la tierra que se reproducen mutuamente el sonido; de otro modo no podría explicarse cómo se oye igualmente esta prolongación en el mar donde no existen para producirle mas que la superficie del agua y de las nubes.

Varias son las precauciones que se toman para preservarse de los estragos del rayo. Unos pretenden que para desparramar la tempestad que los produce conviene disparar un proyectil que divide las nubes, otros que debe hacerse ruido, por ejemplo tocar las campanas. Numerosas desgracias han tenido

por origen esta opinion. Otros en fin, corren apresuradamente á guarecerse de la tormenta bajo árboles elevados y espesos. Gran número de víctimas han sido tambien sacrificadas á esta preocupacion. Sabida es que los puntos elevados atraen el fluido eléctrico; de aquí resulta que el peligro aumenta para los que se colocan en la indicada situacion. Los periódicos refieren con mucha frecuencia desgracias nacidas de esta costumbre, muy general en las aldeas.

Los campanarios de las iglesias, las casas aisladas, están mas expuestas que las que son de la misma altura con corta diferencia y se hallan agrupadas en las poblaciones. Después de la invencion de los pararrayos es fácil evitar los efectos de las exhalaciones, mas como el pararrayo no obra sobre el fluido eléctrico en una circunferencia mayor de treinta varas, se necesitan varios en edificios de mucha estension.

La acción del fluido eléctrico envuelve en sí misterios que no ha sido posible descifrar completamente, fenómenos meteorológicos de singulares y tristes resultados, cuya causa no es fácil determinar con exactitud. Ha habido algunos casos en que el rayo no ha sido acompañado de detonacion; no há mucho que una centella mató á una jóven sin que la descarga eléctrica se hubiera revelado á las personas que se hallaban cercanas por detonacion de ningun género; las circunstancias que acompañaron al suceso, la imposibilidad de explicar la muerte súbita de la jóven de otra manera y algunas observaciones hechas en su cadáver, demostraron á los facultativos que la infeliz había sucumbido á la conmocion producida por el choque de dos corrientes eléctricas. En una tarde de estilo muy caluroso y seco, encontrándose un labrador con su familia en medio de un plano poblado de árboles, vió repentinamente venir hacia el punto donde se hallaba trabajando una nube negra que amenazaba una gran tempestad, apresuróse á mandar á su hija delante, la cual se dirigió corriendo precisamente en la direccion que traía la nube. Al cabo de pocos momentos disponíase el resto de la familia á seguir á la niña, cuando la distinguieron á seiscientos pasos tendida boca abajo en el suelo. Llamáronla, y como no recibieran contestacion, corrieron á donde estaba y la encontraron muerta: ni ellos ni ninguno de las cercanías habian oido la menor detonacion ni distinguido la claridad mas débil. Los facultativos declararon tres horas después del suceso, haberla producido la muerte una exhalacion; así lo indicaba entre otras cosas la circunstancia de no tener las manos estendidas para neutralizar el golpe como debia suceder al caer, y el pañuelo que llevaba en la cabeza, que pareció á cuatro pasos de ella atravesado en el centro por una grande rotura, producida evidentemente de arriba abajo segun la direccion de los hilos sueltos que quedaron alrededor de la abertura. Este hecho es ciertamente curioso bajo el doble aspecto de los efectos caprichosos y casi inexplicables del rayo; y sobre todo por la ausencia de la detonacion.

EL CASTILLO DE SAN ANTON.

El castillo de San Anton de la Coruña es tan pintoresco como inexpugnable, construido sobre unas rocas que se agrupan á sus plantas en medio de la bahía, se dibuja tan soberbio como vistoso sobre su azulado fondo. Cuando el marinero, después de contemplar la elegante torre de Hércules que por su situacion hidrográfica tanto arrebató la atencion, pasa el *Sejo blanco* y empieza á divisar el bellissimo arco bordado de blancas y deliciosas casas que proyecta la nueva Coruña orillas del Océano, encuentran sus ojos aquella mole de robusta piedra que se enseña majestuosamente entre las olas con sus murallas angulosas y coronadas de cañones, que asoman de continuo en las troneras sus imponentes bocas. Si es el marinero español, esperimenta á su presencia cierta sensacion de orgullo nacional que hace honor al pensamiento de su construccion; si por el contrario es extranjero, la asperimenta de respeto.

Porque el castillo de San Anton es un centinela de la ciudad, temible para el que tarde en responder á su *¿A del barco?* que equivale al *quién vive?* de ordenanza. Es la llave de la ria. Una vez inutilizados sus fuegos ya no hay nada que se oponga á los destructores disparos que pueden hacer sobre la mayor parte de la Coruña, los buques contrarios que intentasen destruirla.

Antes de castillo fué ermita. Demos algunos detalles mas sobre la ereccion de esta fortaleza, levantada en medio de las olas.

A los pocos años de la fundacion de la antigua *Cruxa*, cuando el comercio de esta ciudad empezó en pequeña escala con los demás puertos de la costa, como era está tan peligrosa y es aun hacia la *Peña de la Marola*, que en el dialecto provincial significa marco: como era, pues, la costa tan tormentosa por las espantosas convulsiones del Océano al inundar las tres rias del Ferrol, Betanzos y la Coruña, que se perdian muchos bajeles de los que hacian las travesias cargados de gentes y frutos, se elevó en aquellos islotes que se destacaban frente al parterre de San Carlos una pequeña y sencilla ermita en memoria de San Anton, y para que este buen santo los acogiese bajo su égida.

En el sitio que sufrió la Coruña en 1589 por los ingleses, los que defendian la plaza conociendo la superioridad que conseguirian sobre ellos por la ventajosa posicion de aquella ermita, determinaron construir un fuerte en su lugar con el objeto de impedir la aproximacion de las naves contrarias. Bien pronto se felicitaron por esta medida, pues las baterias que artillaron entre aquellas peñas, causaron tanto estrago en los enemigos, que tuvieron estos que levar anclas y retirarse á gran distancia para librarse de sus devastadores fuegos.

Levantado el sitio y reconocida la utilidad de un castillo en aquellos islotes, se empezó mas adelante su construccion. Alzaron unas murallas sólidas y robustas como las rocas de su base, las coronaron de cañones, y cerrado el recinto por igual, aunque irregular en su forma, tomó el nombre de la ermita y desde entonces la ciudad durmió tranquila protegida por este avanzado centinela.

En 1779, con motivo de la guerra que otra vez declararon los ingleses, se trató de fortificarlo mas y sacar todo el partido posible de este castillo. Repararon sus muros algo deteriorados por algunas partes, y dentro de él construyeron una plaza de armas rodeada de casas-matas, un cuartel para mas de sesenta hombres, pabellones para oficiales, y sobre un lado de la paralelograma plaza, levantaron á prueba de bomba un cuerpo cuadrangular que lo domina todo, donde establecieron una capilla, habitaciones para el gobernador y el capellan, y por último dispusieron sus fuegos de modo que se cruzaron con los del castillo de San Diego que se halla al Sur, orillas de la bahía y debajo del camino carretero que va á dar á Pasages.

Desde entonces acá nada varió el castillo de San Anton, ni tuvo ocasion de hacer ver cuan impotentes serían las andanadas de los buques que intentasen forzar la entrada de la bahía que él guarda, pues puede montar mas de treinta piezas de artillería. Hoy día tiene un gobernador de la clase de comandante, ayudante, capellan, un destacamento de la tropa que guarnece la ciudad, y algunos oficiales arrestados; comunicándose diariamente con ella por medio de una barca destinada al efecto, la cual sale de la puerta de Macanaz ó San Miguel, que es la mas cercana.

Algunas veces, durante las mareas vivas, suele bajar tanto el mar en el espacio comprendido entre la puerta mencionada de la Coruña y el castillo, que se prolonga entre estos dos puntos una ramificacion de los peñascos de las Animas, y parece posible á simple vista pasar por ellos de una á otra parte. Pero aun así, jamás ha podido conseguirse

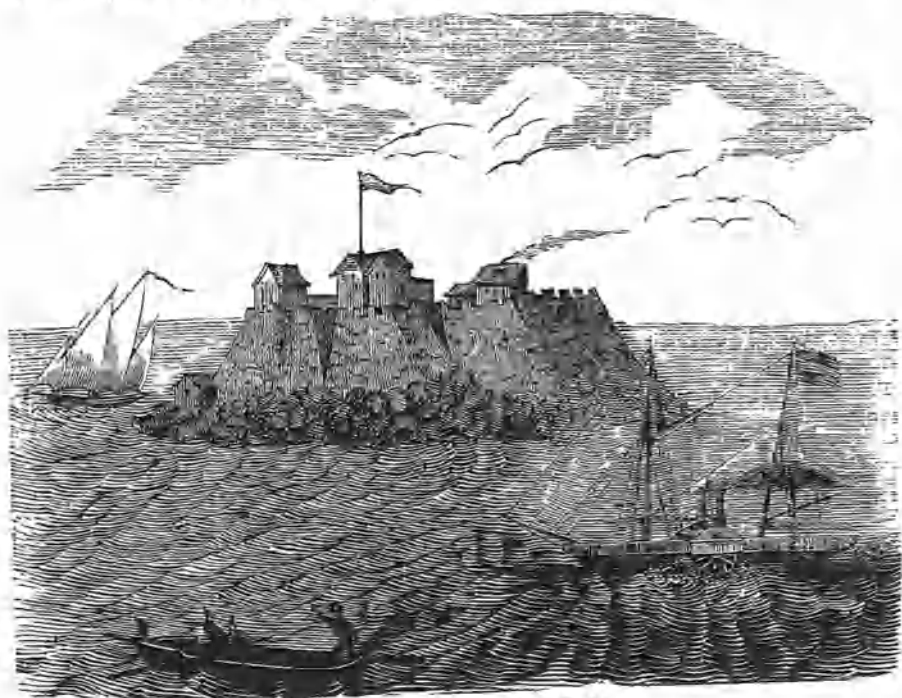
esto, pues intuy cerca del castillo hay siempre mas de cuarenta varas de agua que aun en semejantes casos es imposible vadear.

Fuera de estas marcas, tan poco frecuentes, aquella inespugnable fortaleza siempre se vé en medio de la ria como si saliera de sus abismos insólitos, fundida ya para ocupar aquel punto tan á propósito á la defensa por mar de la que por su importancia comercial, puede caracterizarse por la segunda ciudad de la costa occidental de la Península.

Desde que se ha fortificado en regla, ha servido de prision de estado para algunos personajes políticos, entre los cuales se cuentan el teniente general D. Andres Villarrost, que en las guerras de sucesion tomó partido por el archiduque, distinguiéndose en la batalla de Villaviciosa y defendiendo con heroicidad á Barcelona contra las huestes de Felipe V, y D. Melchor Macanaz, célebre ministro, el cual dejó su nombre á la casa-mata que habitó, pues aun hoy día se la llama *la de Macanaz*. Es la primera que se encuentra entrando en el patio ó plaza de armas á la mano derecha.

Además, del castillo de San Anton han salido los presos políticos que arrojaron al agua frente á sus muros y alados por la espalda dos á dos el año de 1823, si no estamos equivocados; y cuyo espantoso drama puso en consternacion á todo el reino, y dejó atrás los mas horrorosos que tuvieron lugar en Francia durante su sangrienta revolucion.

B. V. P.



Vista del castillo de S. Anton.

CUENTOS DE VIEJA.

Nada hace al escritor tan mal criado como la costumbre de escribir, y sino vamos á la prueba. Cuando un antorcito flamante se dirige por primera vez al

ilustrado y respetable público, que ha de sancionar su trabajo ó rechazarlo con desden; se presenta como un pretendiente, vestido de negro, guante blanco, sombrero en mano, estudiado discurso y obsequiosísimos modales; pero una vez tanteado el terreno, arroja

á un lado el traje sério y aparece frecuentemente como en tertulia de confianza. ¡Cuánto piensa un autor en ciencias el título de su primera producción! Lo mide á compás con la exactitud de un geómetra; lo recorta como papelito de bujía; lo examina con la perseverancia de un químico; lo pesa con la escrupulosidad de un cambista; lo escucha con toda la atención de un músico; lo pronuncia con el énfasis de un predicador, y después de haberlo manoseado tanto suele mudar lo porque no es un buen octosílabo ó porque le falta una *m*. ¡Qué títulos tan armoniosos regalan al respetable público las nacientes antorchas de la amena literatura; y así se guardarían todos ellos de poner al frente del mas limado de sus artículos. *Cuentos de vieja* como me guardaría yo de poner en cabeza del peor perjeñado de los míos: *El fantasma de las tumbas* ó otra altisonancia semejante.

Tampoco es achaque común de escritores poco foguados sacar á plaza sus miserias, contando al público anécdotas de la vida privada, porque temerian con ello poner en ridiculo sus afligidas personas: yo voy pecando por el extremo opuesto, y de algunos meses á esta parte he contado ciertos sucesos familiares, declarado mis inclinaciones y tratado al público con la mas fraternal confianza: quiero ser con él consecuente como lo encontrará en la prueba.

Yo he sido niño, muy chiquitín y hasta muy guapo: (esto no quita que sea ahora mas que medianamente feo;) he tenido un día, un mes, un año, dos, tres, cuatro.... Detengámonos en los cuatro, porque así conviene á mi historia. Cuando yo tenia cuatro años cenaba al hacerse de noche, para acostarme media hora despues, y cenaba generalmente una tortilla de pan rallado, huevo, ajo picado y perejil. Si no estuviera tan deprisa enseñaría á mis hermosísimas lectoras el modo de hacer una buena tortilla. Servía en mi casa una criada que cuando yo vine á este mundo contaba mas de treinta años de estar sirviendo á mis abuelos, y esta criada tenia el encargo de prepararme la tortilla. Yo era muy curioso de muchacho y generalmente tenia buenas ganas de cenar; estas dos razones poderosas, el hambre y la curiosidad, hacian que estuviera cosido á las enaguas de la criada hasta que me disponia la cena; y mas de una vez me encaramaba sobre los ladrillos del fogon. Cuando estaba fría la tortilla me conducia la buena criada á la mesa del comedor, tendia en ella un mantel doblado, me ataba al cuello una servilleta pequeña, y me presentaba la tortilla. Todos mis lectores creerán que yo me abalanzaba á ella, pero se engañan si tal creen: quedábame, pues, contemplándola hasta que entre la cocinera y yo empezaba el siguiente diálogo:

—¿No comes, niño, la tortilla.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me cuentas un cuento.

—Si ya te he contado los que sé.

—Otro nuevo.

—Pero si no sé.

—Pues no cenó.

La discusión continuaba, y despues de algunos dimes y diretes siempre acababa la pobre vieja por contarme algun nuevo cuento mientras cenaba la tortilla. Guardando este método por espacio de dos ó tres años, conseguí comerme novecientas ó mil tortillas y

aprender casi el mismo número de cuentos: de los cuales pienso poner alguno en letras de molde, si la muestra no desagrada á mis lectores. El primer cuento dice así.

PERICO SIN MIEDO.

Vivia en una ciudad de provincia, no sé si grande ó si pequeña, una respetable viuda, que habia heredado de su esposo las negras tocas y una mezquina viudedad; pero nienta que además de las tocas y la viudedad tenia un hijo fiel trasunto de Lucifer. Este muchacho, que contaba apenas diez y nueve años, se llamaba Pedro, y Perico lo llamaban todos sus amigos en su lenguaje familiar. Perico no tenia fortuna, pero sí gallarda persona y la cabeza mas diabólica que se conocía en la ciudad. Aunque contaba pocos años, habia dado mucho que hacer á los cirujanos del contorno y los escribanos y jueces no desconocian á Perico; merced á varias fechorias y á gran número de camorras. De mes en mes y aun de día en día fué creciendo su reputacion, y como no tenia *ni á rey ni á Roque*, pusieronle PERICO SIN MIEDO en consideracion á su arrojo. Un hombre sin miedo vale mucho y tiene mucho adelantado para varios lances, y entre otros, para lances de enamorar. Con su gallardía y su valor se llevaba Perico de calle á todas las mozas del pueblo, y saltando de unas en otras llegó el pícaro á poner los ojos en la hija del corregidor. Sin pensar en su gerarquía, las muchachas piensan muy poco, prestó atencion la noble niña á las palabras de Perico, y como el amor es tan ruidoso, llegó el de la juvenil pareja á noticias del respetable magistrado. Los agujones de un avispero no hubieran agujoneado tanto al corregidor como la noticia de los amores de su hija, y reuniendo los fuegos de padre al prestigio de autoridad, comenzó á perseguir á Perico con terrible encarnizamiento. *Perico sin miedo* no era hombre que retrocedia fácilmente de cualquiera empresa comenzada, y encontrándose correspondido de la hija del corregidor, no hacia caso de las amenazas que el airado padre le hacia. Trascurrieron algunos meses en encubiertas hostilidades, hasta que una noche el corregidor y su ronda dieron con el avieso mozo. En vez de entregarse á la justicia, recurrió Perico á su arma, que era un baston largo y nudoso; y la manejó con tal arte, que el corregidor y los suyos salieron tan apaleados como vieja lana de colchon. Habiendo resistido á la ronda, no podia permanecer Perico en la poblacion sin caer preso, y como no era aficionado al sosiego de los calabozos, se despidió de su anciana madre, escribió un billete á su novia, jurándola inestinguible amor, y tomó *las de Villadiego* en busca de mejor fortuna.

Con aliento en el corazón y poco dinero en la bolsa, recorrió Perico varios pueblos; precedido de su renombre, muy popular en la comarca. Contra sus hábitos usó la mas rigurosa economía, pero era tan corto su caudal, que antes de transcurrir un mes estaba su bolsa sin blanca y su estómago sin alimento. Un hombre como él, guapo mozo, no gusta de pedir limosna, y Perico se decidió á buscar un amo que le diera cama, vestido y alimento. Encontrábase á la sazón en pueblo de escaso vecindario, y como todos

sabían bien servirse á sí mismos, el viajero sudaba para encontrar amo. Ya había recorrido sin fruto dos ó tres docenas de casas, cuando lo llevó su fortuna á la del sacristán, que andaba buscando un monaguillo. Algo tallado era Perico para servir este destino, pero como el hambre aprétaba y el sacristán no ponía reparo, se convino á entrar en la iglesia el presunto yerno de todo un señor corregidor; y después de una corta disputa sobre el honorario, Perico entró á servir al sacristán. Las obligaciones del mozo no eran muchas ni muy penosas: reduciéndose á tocar á misa, barrer la iglesia, encender las velas, tocar al rosario y dar las ánimas: lo que reclamaba algún valor porque era necesario subir á lo mas alto de la torre.

Sabía el sacristán que Perico tenía fama de hombre animoso; pero lo creía pendenciero y lluido, quizás, tratándose de cosas sobrenaturales. En el primer día de su ejercicio tocó Perico á misa temprano, barrió la iglesia perfectamente, encendió las velas, ayudó á misa, tocó al rosario y se dispuso á dar las ánimas con la mas firme voluntad. El sacristán le había preguntado, si tendría miedo de subir á la torre, y Perico le había contestado con la palabra de su mote. Llegó la hora de dar las ánimas, cogió Perico su baston y con una linterna en la mano, atravesó una callejuela, se paró á la puerta de la torre, aplicó la llave á la cerradura é hizo girar su frágil quicio. Abierta la puerta, notó el mozo una extraña iluminación: consistía esta en un número de cabos de vela, tantos como gradas tenía la estrecha y empinada escalera, á los cuales servían de candeleros igual número de calaveras, completamente descarnadas. Un hombre de menos corazon hubiera arrojado la linterna y hubiera echado á correr, pero el amante de la hija del corregidor se encojió de hombros con arrogante indiferencia, dió con su baston á la primera calavera, haciéndola rodar y continuando la operacion de grada en grada, fueron rodando todas ellas, con desahuciable cadencia y estridente crujir de huesos. Así llegó Perico al campanario, para presenciar otro espectáculo mas extraño y aterrador. Debajo de la única campana, descubrió un carcomido atahud, rodeado de hachones de cera, y dentro de él tendido un cadáver, cubierto de blanca mortaja. Un segundo movimiento de hombros fué la única señal de sorpresa que dió el intrépido monaguillo, y dando con el pié al atahud, dirigió la palabra al muerto:

—¿Tocas tú ó toco yo? le dijo.

El muerto, como era natural, no respondió á la breve pregunta.

—¿Tocas tú ó toco yo? le dijo de nuevo Perico.

El mismo silencio del cadáver.

—¿Tocas tú ó toco yo? preguntó por tercera vez.

Tampoco consiguió respuesta. Entonces con la mayor calma, puso su baston sobre un rebellin, dejó en el mismo su linterna acercándose al atahud, lo empujó con ruda violencia, haciéndolo caer á la plaza; y tocó las ánimas con todo el aplomo del mas esperto sacristán. Al empujar el atahud, creyó Perico oír un lamento; pero no le dió importancia alguna, y cuando acabó su comision, cogió el baston y la linterna, apagó los hachones, y bajó la escalera; encontrando en su última grada reunidas todas las calaveras que había derrribado una á una. Fuera del dintel, cerró la

puerta, se guardó la llave, apagó la linterna y en vez de cruzar la callejuela, se dirigió á la plaza, con intento de remirar á alguna pandilla de mozos y correr un poco la tuna.

Llegado á la plaza, encontró un grupo numeroso, provisto de algunos candiles: llegóse á él, con su desenfado habitual, y notó que todos aquellos curiosos estaban contemplando un cadáver. Echó una rápida ojeada, y al instante reconoció que aquel cadáver era precisamente el mismo que él había arrojado de la torre. Esto no le dió gran cuidado, pero sí se alarmó algun tanto cuando vió que el cadáver arrojaba sangre por nariz, boca, ojos y oídos, y que era su amo y señor, el sacristán.

Como no era leudo Perico, comprendió que el aporreado sacristán había pretendido jugarle una morisqueta, y que no contando con la huéspedada, había salido de ella mal librado. Tambien comprendió que la justicia tomaria cartas en el negocio, y prefirió á dormir en la cárcel, pasar la noche en despoblado, lo que no debía serle muy penoso en temporada de calor.

Pensar y obrar era en Perico casi un acto mismo, y siguiendo esta costumbre inveterada, arrojó á un lado la linterna y en cuatro saltos se encontró fuera del lugar. Un hombre que busca fortuna no necesita conocer el camino que ha de seguir, y como Perico la buscaba, emprendió la primera senda que el acaso le presentó y siguió por ella caminado hasta que despuntó la aurora. La luz del día enseñó al viajero que caminaba por desconocido pais, y después de tomar descanso prosiguió su incierto camino con mas lentitud pero no con menos valor. Un día sin comer se hace muy largo, y muy largo pareció á Perico el que iba pasando á la sazón. Sin embargo continuó su marcha, y como todo acaba en el mundo, el crepúsculo de la tarde, indicó al hambriento viajero que la noche se aproximaba. Pasarla al raso no era penoso para el hijo de la viuda, pero pasarla sin comer era harina de otro costal. Apresuró el paso en consecuencia, y al poco tiempo descubrió una magnífica posada, en medio de espesa arboleda. A su vista cobró nuevo aliento, y de una rápida carrera tocó el anhelado dintel. ¡Pero cuánta fué su extrañeza encontrando á los posaderos y á una robusta Maritornes á la puerta de la posada, con la llave en la cerradura y dispuestos todos á marcharse!

—¿Qué es esto? preguntó Perico.

—Que nos marchamos al lugar: le respondió la posadera.

—¿Y cómo se marchan VV. al apochecer?

—Por eso mismo.

—No lo comprendo.

—Pues es muy llano. El que se acueste en esta posada amanece muerto.

—¿De qué?

—De miedo.

Perico sin miedo soltó una recia carcajada: la posadera lo miró fijamente y añadió con marcado desden:

—¿Seria V. capaz de quedarse?

—Hay que cenar preguntó Perico.

—Mucho y bueno.

—Pues me quedo.

—Toma V. las llaves: contestó la robusta huéspedada.

Perico las recibió con júbilo; los posaderos se marcharon y el intrépido monaguillo cerró la puerta, encendió luz y se dispuso á preparar una cena tan abundante como la pedía su apetito.

De habitación en habitación llegó á la despensa y para no elegir manjares descolgó un jamon bien curado, magro y corpulento. Se lo echó á la espalda, tomó un pan de cuatro libras bien cumplidas, y un frasco de vino muy añejo y que bien hacia tres azumbres. Cargado con estas municiones, volvió á la cocina, encendió lumbre, descolgó una sarten de acero, puso en ella el jamon, habiéndolo despedazado antes, y comenzó á freirlo, saboreándose, antes de probarlo con el olor que despedía. Medio dorado estaba apenas, cuando oyó Perico una voz que bajando por el cañon de la chimenea, decía con sepulcral acento.

—¿Caigo ó no caigo?

Perico se encogió de hombros, como en la torre lo había hecho, y no respondió una palabra.

—¿Caigo ó no caigo? preguntó de nuevo la voz.

—Espérate; repuso Perico, no vayas á caer en el jamon.

Y separando la sarten, añadió con el mayor aplombio:

—Cae.

En el momento cayó un brazo: Perico lo cogió con desden, lo arrojó á un rincón y volvió la sarten á la lumbre. Apenas empezó á chirrear la pringue, cuando la misma voz estentórea preguntó de nuevo:

—¿Caigo ó no caigo?

—Cae; repuso Perico, apartando antes la sarten.

Otro brazo cayó, Perico lo arrojó, como lo había hecho antes y volvió á la lumbre la sarten.

—¿Caigo ó no caigo? dijo la voz por tercera vez.

—Cae de una vez y no me entretengas; repuso Perico, apartando el jamon con suma impaciencia.

Una pierna cayó, Perico la echó á donde estaban los brazos y volvió el jamon á la lumbre.

Tres veces mas sonó la voz, tres veces mas apartó Perico la sarten, y sucesivamente fueron cayendo una pierna, el tronco y la cabeza; lo que unido á los miembros que anteriormente había formaban un hombre completo. Perico fué arrojando los miembros al rincón, que para depósito había elegido, y sin que nadie lo interrumpiera, acabó de freír el jamon tan ardentemente deseado. Apartó Perico la sarten, y al volverse con ella vió que los miembros dispersos se habían unido unos á otros, y formando un hombre, que á su lado estaba de pié y fijamente lo miraba. El viajero se encogió de hombros, miró bien al hombre fantasma, y le dijo:

—¿Quieres cenar?

Nada respondió el desencartizado, y Perico empezó su cena, cuidando de livar las tajadas con sabrosos tragos de vino. No sabemos si dió fin del jamon, pero si es cosa averiguada, que no quedó gota en el frasco del añejo y rancio licor.

Cuando hubo acabado Perico, se adelantó el fantasma dos pasos, y le preguntó con la misma voz que había bajado por el cañon de la chimenea:

—¿Tienes valor para seguirme?

Perico se encogió de hombros, é inclinando la cabeza, manifestó que estaba dispuesto.

El fantasma encendió su dedo meñique en el candil, y empezó á andar delante de Perico, que lo se-

guía con su indiferencia habitual. De este modo fueron cruzando varios estrechos corredores, hasta que encontraron una puerta con cinco candados cerrada. El fantasma alargó prodigiosamente los dedos de su mano derecha, hasta el punto de poderlos aplicar á la vez á los cinco candados, y la puerta se abrió de golpe. Una bandada de murciélagos, lechuzas y otras aves nocturnas revolotearon sobre las cabezas de Perico y su compañero, y si hubiera podido apagarse la luz del dedo meñique del fantasma, hubieran quedado en tinieblas. Atravesaron en silencio una estrecha y larga galería, al fin de la cual fijó el fantasma su pié derecho sobre una losa: la losa cedió en el momento; Perico y su guía comenzaron á bajar una abovedada escalera, y por último se encontraron en un espacioso subterráneo. El fantasma se paró de repente, cogió con su mano derecha la izquierda de Perico, el cual notó que la mano de su compañero estaba fria y dura como el mármol, y lo condujo hácia los muros de aquella lúgubre mansión. Conforme se acercaban á ellos, iba distinguiendo Perico una especie de nichos, y despues vió que cada nicho contenía un esqueleto enteramente descarnado. El mozo se encogió de hombros, era su costumbre favorita, y no sabiendo como entretenerse durante la revista que á los nichos iba pasando, fué contando los esqueletos, los cuales, segun su exacta cuenta, eran ciento y uno cabales.

Acabada esta larga tarea, el fantasma llevó á Perico al centro del hondo subterráneo, y le dijo con la misma voz estentórea, presentándole su dedo meñique.

—Apaga esta luz.

Perico la dió un soplo y todo se quedó en tinieblas.

Momentos despues una mano, tan pesada y fria como un mazo de hierro, cayó sobre la cabeza de Perico; oprimiéndole de tal modo que le iba embulliendo en la tierra.

—¿Tienes miedo? le preguntó el fantasma.

—No tengo miedo; repuso el mozo; y á su voz empezaron á brotar del techo, pavimento y muros rojas llamas, que ceñían de siniestras aureolas las cráneos de los esqueletos.

—¿Tienes miedo? repitió el fantasma.

—No tengo miedo; repuso el amante de la hija del corregidor, y como si su voz tuviera un poder sobrenatural, empezaron á temblar al punto techo, muros y pavimento.

—¿Tienes miedo? preguntó el fantasma por tercera vez.

—No tengo miedo.

—Pues es tuyo cuanto verás; añadió el misterioso guía.

Se apagaron las rojas llamas; cesó el rudo sacudimiento, el valiente mozo se vió libre de la mano que lo oprimia; una lámpara maravillosa descendió de la húmeda bóveda, y á su luz radiante vió Perico que los ciento y un esqueleto se habían transformado en jarrones de oro cincelado, y que el fantasma era una estatua del mismo precioso metal. Este feliz cambio no afectó al intrépido aventurero; se encogió de hombros una vez, y llegándose al primer jarron, lo encontró repleto de escudos. Tomó buena cantidad de ellos, y apoderándose de la lámpara

empezó á subir las escaleras. A su fin encontró una rampa, perfectamente disimulada: la cerró con mucho cuidado y atravesó la estrecha galería. En los candados de la pueria encontró una llave, que venia muy bien á los cinco: los cerró con el mayor esmero, y se fué en busca de una cama, para dormir tranquilamente lo que quedaba de la noche. La encontró al fin limpia y muerta, tendió en ella sus fatigados miembros, y durmió cuanto debe dormir un hombre que ha cenado jamon livado con añejo vino.

Despertáronle á la madrugada recios golpes; se levantó, corrió á la puerta y vió que intentaban forzarla. Descorrió de improviso el cerrojo y se presentó en el dintel. Un entierro estaba formado en dos hileras; pero á su vista curá, sacristán y monaguillos se pusieron á la vez en fuga. Perico los siguió hasta el lugar; supo en él, que cuando alguno se quedaba en la posada iba á recogerlo el entierro: buscó al amo del parador, se le compró en poco dinero, y un año despues quedó transformado en palacio. Supo el señor corregidor la buena fortuna de Perico; y, olvidando sus travasuras, no tuvo reparo en venir á ofrecerle la mano de su hija. Perico amaba á la mocha con el mas entrañable amor; recibió bien las proposiciones de su futuro suegro, y se verificó la boda con extraordinaria suntuosidad. La viuda del muerto sacristán estuvo en ella, y Perico la compró una saya: yo me encontré, por casualidad, en el sargu y la novia me regaló un pito; pero lo he perdido, no sé en dónde, sin que me haya quedado otra gloria que referir á mis lectores el cuento de PERICO SIN MIEDO.

JUAN DE ARIZA.

SICILIA.

El que levanta sus miradas al hermoso cielo de Italia, siente arrojarse el alma de un éxtasis delicioso; el que vuelve sus ojos á los lozanos vergeles de mi amada patria, siente latir su corazón de placer y alegría. Halagados sus sentidos con la vista encantadora de sus campos; con el canto de las ave-cillas adornadas de plumas matizadas de varios colores; con el balido de los cabritillos, que brincan en medio de los verdes céspedes; con el mugir lejano de los toros y el débil sonido de su esquileo, esclama con maravillar: «Fue colocado aquí ciertamente el Eden por la misma mano del Creador!» Italia mía, dijo uno de tus vates, en tiempos no muy remotos: Tus campos no pueden ser largo tiempo morada de bárbaros. Si te has derretido hasta ahora, oh Italia, en destemplado llanto, las lágrimas no han alterado tu hermosura; y así como las gotas del rocío que cubren la violeta pálida, la dan brillo al reflejo de los primeros rayos del sol que nace, tus lágrimas vertidas en el dolor y la tristeza, son perlas que resplandecen al nuevo rayar del alba anunciadora de días mas libres y placenteros. En todas las provincias italianas (no me engaña la esperanza) oírás en breve el viajero, sin el relincho de caballos tudescos, la habla melodiosa y dulce, que espresa con suavidad los mas tiernos afectos, ó una voz fuerte y atronadora, como el sonido de la trompa del

ángel exterminador, que llama á juicio final á los tiranos que la azotaron. Sentado entonces el guerrero en las orillas del Tiber, desceñirá el acero con que ha defendido su patria, y bañando su calorosa frente en las olas claras del famoso río, repetirá estas palabras: «Nació aquí la libertad latina con el Bruto antiguo; perdieron aquí sus vidas los Gracos, defendiendo los derechos del pueblo oprimido; reinó aquí aquel Pio, que cumplió la gran misión del Crucificado, quebrando el trono del despotismo.»

Quien oyeere exageradas ó hiperbólicas mis palabras, recorra el último discurso pronunciado por el famoso Lamartine en las cámaras francesas; mientras que nosotros transcribimos á continuación el sentido de uno de sus principales trozos: «Es menester haber vivido largos años en Italia, como yo he vivido, para apreciar justamente ese manantial de civilización perenne, esa tierra clásica, que encierra los monumentos maravillosos de Grecia y Roma ese pueblo cuya grandeza y cultura se pierden en las tinieblas de los siglos que pasaron.» Pero vamos á recorrer con la sola fuerza de nuestra imaginación algunas provincias de ese país, objeto de las mas altas inspiraciones del poeta y del orador.

El sordo rechinar de vuestro bardo, queridos viajeros, se acalla; desaparecieron ya las llamas de la hoguera, que dilataba con su fuerza el vapor, y solo una columna de humo se levanta aun por lo vasto de los aires, mientras que el ancla detiene en medio de las olas azules y argentadas la máquina que os ha trasladado desde países lejanos al puerto de Palermo. Centenares de barquichuelos os rodean, y vosotros, alegres viajeros, entrando en ellos os dirijís á la extrema orilla del mar, en donde os espera una multitud apañada, y de la cual solo podreis libertaros con trabajo, escogiendo á alguno que lleve vuestra maleta y os conduzca á un albergue.

Despues de breves horas de reposo, venid conmigo al Foro Borbónico, y mirad en todo su resplandor la vasta marina de Palermo; contemplad con asombro la perspectiva de su horizonte despejado y risueño. Aquellos peñascos negros y erizados, que veis á lo lejos, son el *Monte Pellegrino*, en donde está el templo de Santa Rosalia, patrona de los pedermitanos, y en donde se acamparon, como han anunciado los periódicos, los satélites de la tiranía, que acosados por el hambre, é impotentes para contener la fuerza de un pueblo que pelea para reconquistar sus hollados derechos, han debido abandonar el sitio de una ciudad de héroes. Mirad, esa larga fachada de palacios magníficos situados en frente del mar, y que embellecen en gran manera el Foro Borbónico, pertenecen todos á los mas altos patricios, prontos á sacrificar sus riquezas y sus vidas por el bienestar del pueblo. El ameno jardín, que sigue á la larga fachada, se llama *Vila Julia*, y está adornado de estatuas de blanco mármol, de largos paseos alfombrados de flores, de árboles espesos y frondosos, de fuentes limpias y claras, abundantes en peces, y que ofrecen el espectáculo encantador de cascadas muy caprichosas. Parece que la naturaleza estremecida de horror por la barbarie de un gran crimen, queriendo borrar en parte su memoria, inspiró á un genio bienhechor colocar el delicioso jardín en el si-

tió en donde fué ejecutado el último sangriento ante de té en Sicilia. Fueron allí quemados un fraile nombrado Romualdo y una religiosa llamada Gertrudis, porque no tuvieron bastante virtud para vencer sus inclinaciones de afecto y ternura. Junto á la *Vila Julia* está el jardín botánico, uno de los mejores de la moderna Europa. Mirad ahora, las grandes estufas que encierran y alimentan con su calor plantas que se producen en climas muy lejanos y diferentes de los nuestros. El hombre se apodera de todo lo creado, y con la fuerza de su inteligencia lo sujeta todo hasta mandar á los elementos. Pero, hermosas niñas, no arrimeis vuestra delicada mano á esa flor tan bella, que bajo la hermosura se oculta no pocas veces la fiera ponzoña: vosotras lo sabéis mejor que yo. Mirad desde lejos aquel árbol tan grande, cercado de una doble tapia y cuyo verdor os enamora. El nace en aquellas regiones voluptuosas del Indostan, que habitaba el príncipe Djalma, cuyos amores con Adriana de Cardoville os son bien conocidos. La frescura que esparcen alrededor sus hojas lozanas y verdes, es venenosa y mortífera; no os acerquéis. Tocad mas bien esta plantecilla, y mirad como toda se contrae con la ligera aproximacion de vuestros dedos. Esta planta que llaman los botánicos *Noli me tangere* es el símbolo mas significativo de vuestro pudor. Aquellas animalitos, que cubren las ramas de un tierno arbusto, y cuyas alitas flexibles son tan lucientes, que parecen de verde esmalte, sirven para curarnos del *Grippe*, si vuelve á acometernos. Sus cuerpucillos contienen la cantárida, que con fuerza óptica extrae de nuestro cuerpo los malos humores que suelen causar graves enfermedades.

Pero dejemos el jardín botánico, sus yerbas medicinales, sus anchas estufas, sus raras plantas, y vamos á entrar nuevamente en la ciudad por la puerta de enfrente, que lleva el título pomposo de *Puerta Real*. La fábrica que está á su lado izquierdo es un convento de vírgenes, que observan la austeridad de Santa Teresa de Jesus, cuyo nombre luce mucho en los fastos religiosos y literarios de España. Alzad vuestros ojos hácia la puerta de la iglesia, y fijad vuestras miradas en aquella concha de gran tamaño y de blanco mármol, que representa el nacimiento de nuestro Redentor. La concha que veis, la Virgen, San José y el Niño Dios, es todo de una sola pieza. Algunos ingleses sorprendidos por su rareza, ofrecieron comprarla al peso de igual cantidad de plata, pero las religiosas contestaron, que sólo la venderian calculando su peso en quilates de oro; por lo que las partes no se avinieron. Pero, ¿por qué os deteneis, queridos viajeros?... ¿Os causa estúpido y tristeza ese monton de escombros que veis á lo lejos?... Son casas destruidas por la fuerza de las bombas y proyectiles, arrojados sobre esta feliz ciudad, que ha reclamado hace poco su política independencia. Mas no os entristezcais con tanto estrago; estos miserables escombros se convertirán en magníficos palacios, y se desplegará sobre sus techos el pendon constitucional, que agitado por los vientos, repetirá con patético lamento los nombres de los mártires que perecieron peleando por su patria, y cuya memoria será baldon eterno para los bárbaros que la bombardearon. Mirad entre tanto este crucero donde hemos llegado, que divide á Palermo en

cuatro barrios iguales: su punto del centro se llama *I quattro cantoni* y las calles que se cruzan llevan los nombres de *Toledo* y *Macqueda*, que nos legó, como noble herencia la España, cuando en tiempos remotos fué reina del Mundo. En la última estremidad de *Toledo*, junto á una puerta que lleva el título de *Nueva*, está situado el palacio real. El edificio es noble; está amueblado lujosamente en su interior y su perspectiva es magnífica, pero nada merece tanto aprecio como su vasta cnadra.—No frunzáis las cejas y oidme.—En donde ahora relinchan los caballos, se convocaron por los reyes normandos los primeros parlamentos de Sicilia; se discutieron allí los grandes proyectos de leyes nuevas y muy oportunas para el bienestar del pueblo, que habia sacudido recientemente el yugo de los sarracenos; se echaron allí los cimientos de un nuevo derecho público para la Sicilia, que puede vanagloriarse de haber tenido su Constitución, mientras que eran salvaje la Inglaterra y bárbara la Francia.

Pero despues de haberos enseñado, amigos míos, algunas de las cosas mas notables de la ciudad de Palermo, conociendo muy bien por lo que me habeis dicho, que será larga vuestra morada en este país, de modo que podreis observar reposadamente su catedral, cuyo exterior representa las formas de un imponente edificio gótico, la *Plaza Villena* y su inmensa fuente, el magnífico templo de San José, la universidad, los teatros públicos, etc.: quiero bosquejaros un ligero cuadro de los demás países de la Sicilia y de las provincias mas florecientes de la Italia continental.

SALVADOR COSTANZO.

Los Campanólogos son la principal novedad teatral de la semana. Una concurrencia extraordinaria llenaba la noche en que se presentaron todas las localidades del teatro de la Cruz, para el cual creamos que, merced á los incandores de campanillas, se renuevan los buenos tiempos de Mr. Macallister. Esta original orquesta merece ciertamente llamar la atención de los dilettante: Haydn, Mozart, Beethoven, Sacchini, Gluck, Haendel, compositores antiguos y modernos, música patética y alegre todo lo interpretan con una precisión admirable; su talento se acomoda á todos los géneros, sus instrumentos triunfan de las mayores dificultades y la armonía que producen jugando con solas 80 campanas hace un efecto maravilloso digno de los *Cuentos fantásticos* de Hoffman.

Nos creamos obligados á recomendar á nuestros suscritores como la mejor y mas completa publicacion de su género que hasta ahora ha aparecido entre nosotros, la *Antología Española*, excelente revista científica y literaria que ha principiado á ver la luz hace pocos dias, que revela un acierto y gusto poco comuni en la persona que la dirige y que ofrece á la par instrucción y amenidad.

Las exigencias del ajuste nos obligan á retirar una lámina y la conclusion del *Barbero de un Valido*, que irán en el número próximo.

MADRID.—Imprenta de Perols, Costa, Morán, Malato, Jiménez, Gaspar y Bolé Baroja, Bonapl, Villa y la Estrellada, litografía de Bañiller, del Paseo del Tránsito 7 de San Felipe 20.

BOGIVOLLE.—Tratado sobre la limpieza sobre dorados, frances de porte, á favor de la ADMINISTRACION DE SAN CARLOS, calle de Jacometron, n. 26, cuarto segundo.